

# Ciudadanismo

## LAS AGRUPACIONES DE ELECTORES

En el sombrío panorama de la política municipal, lo más sano y esperanzador son las **Agrupaciones de Electores**. Son la forma más genuina y valiente de hacer política. Son los ciudadanos de a pie que se atreven a prescindir de los profesionales de la política y por tanto de los partidos políticos para gestionar sus Ayuntamientos.

Una "Agrupación de Electores" es una lista electoral que se presenta a las elecciones avalada no por un partido, como van por lo general las listas, sino por un grupo o Agrupación de Electores, que no necesitan estar previamente constituidos como tal agrupación (no es una figura asociativa), sino que se presentan a la Junta Electoral con su DNI, como ciudadanos de a pie. Dicen que el 20% de la representación de los municipios de toda España corresponde a Agrupaciones de Electores. No he podido contrastar el dato, pero de ser cierto denota una enorme vitalidad democrática de nuestra sociedad en la base y con un potencial de partida muy considerable.

Es en los municipios, donde más se sufre el inconveniente de la dependencia de los partidos políticos. Porque el problema es de pura y simple dependencia de poder, que es tanto como decir de designación (de inclusión en listas). Eso lleva aparejada la docilidad al partido de los graciosamente designados;

una docilidad que con frecuencia degenera en servilismo. Y esto es tanto más grave por cuanto los partidos exigen encima que en los municipios no se haga política, o si alguna se hace, que sea totalmente subordinada a las directrices de la cúpula, porque esa es prerrogativa exclusiva del "partido", es decir de sus dueños. He ahí de qué manera tan inocente en apariencia, hemos conseguido que los partidos les secuestren a los ciudadanos de base el derecho de "hacer política". Hasta suena coherente, ¿no? (*memento corrupción recalificaciones.*)

Pues no, es un error abultadísimo de concepto, eso de que en un municipio sólo se ha de hacer "política municipal", que se reduce estrictamente a la gestión del presupuesto. Es un disparate descomunal implantado por los partidos políticos para no perder el control del partido y por ende la hegemonía sobre las instituciones, empezando por los Ayuntamientos. Esa teoría y esa praxis de hacer funcionar la política sin los ciudadanos y sin las instituciones que les caen más próximas, indispensable para mantener los partidos políticos su totalitarismo, no es que sea una causa de deterioro de la democracia, es la propia desarticulación de la democracia, es haberle cortado las piernas a la democracia desde su mismo nacimiento.

Pero lo peor del caso a ese respecto no es que los partidos políticos hayan cegado los conductos democráticos del municipio, sino que además los han convertido en la base de su financiación irregular, introduciendo en ellos un nivel de corrupción institucionalizada, que taponara el camino a cualquier intento de democratización. Me refiero fundamentalmente al negocio político de las recalificaciones.

Y como va contra la naturaleza de los partidos aceptar la democracia de base, la regeneración de ésta desde la misma base sólo puede venir de la mano de las únicas entidades no partidarias que concurren a las elecciones municipales y a la gestión de los Ayuntamientos, que son las Agrupaciones de Electores. A no ser, y ésta sería la única excepción, que haya algún partido tan joven y tan ingenuo que no le tema a la democracia entera de pies a cabeza. Democracia que no conste sólo de cabeza (el amo del partido) o acaso también tórax (con aparato oligárquico incluido), sino que tenga además unas bases bien amplias y operativas: una democracia interna de cuerpo entero. Pero ese partido ha de contar con que tiene una subsistencia muy problemática como no aprenda a vivir en un medio tan difícil, que ni siquiera se lo plantean los partidos clásicos. Me refiero a CIUDADANOS, el que se apellida "Partido de la Ciudadanía". Es el único que por su edad

y quizá por estar formada su militancia mayoritariamente de la migración decepcionada de los viejos partidos, el único que podría afrontar la regeneración democrática desde la base, empezando por el funcionamiento del propio partido y continuando, claro está, por el Municipio.

Claro que se nos hace muy novedoso y estrambótico eso de que la política de verdad, la que nos hace ciudadanos, ha de empezar en el Municipio. Pero los partidos políticos se han trabajado tan bien su feudo, que nos han colado el dogma de que la política NO empieza en el MUNICIPIO, sino en los niveles siguientes (el Autonómico y el Nacional), casualmente aquellos en que queda reducida la participación al voto cada cuatro años. Éste sólo podía ser un invento de los POLÍTICOS PROFESIONALES que, ¡menudo ingenio!, no se conformaron con eso, sino que para poder seguir en su confort totalitario se inventaron también los CIUDADANOS PROFESIONALES, a los que llamaron la SOCIEDAD CIVIL "oficial" y mantenida. Por eso se cuidaron de especificar en su denominación (ONG) que NO eran gubernamentales. Todo atado y bien atado. En fin, en vez de política, politiquero.

Entonces, una vez arrancada de cuajo del cuerpo del ejercicio democrático la política municipal, la ÚNICA

## CIVISMO Y OENEGISMO

que nos permite participar de verdad a pie de calle, la que va del ciudadano al partido y no al revés, ¿en qué queda la democracia? Pues nos quedamos con la política remota, la tele-dirigida como operación de PROPAGANDA y márketing cada cuatro años por nivel: nos quedamos con una democracia depauperada hasta la indigencia.

¿Pero no es una utopía eso de la democracia municipal? ¿Utopía? Preguntad a los batasunos qué piensan del tema. Precisamente porque no quieren saber nada de la política nacional y porque no se fían de la autonómica, porque ahí están en minoría, han decidido que su “construcción nacional” empieza en los municipios copando sus instituciones, es decir los Ayuntamientos. ¿Y qué tal? ¿Es posible o no es posible construir un país empezando por los Municipios? No sólo es posible, sino que es lo deseable, lo auténticamente inamovible. A ellos no se les escapará el poder de las manos, porque son totalitarios. Tienen argumentos de nueve milímetros: su poder de convicción es incontrovertible.

Mal nos iría si únicamente dispusiéramos del ejemplo totalitario y terrorista a favor de la democracia de proximidad asentada en los municipios. Mal nos iría. Pero ahí está la realidad: ellos, tan diestros en aprovechar para el totalitarismo las fórmulas democráticas (¡Hitler tomó el poder absoluto democráticamente!), nos muestran que efectivamente la democracia de base es la más potente, la única capaz de implicar políticamente a ampísimas capas de la población, y en régimen abierto, prácticamente de concejo.

Precisamente éste es otro gran referente, el régimen de concejo que consagra la Constitución, y que la ley ha reservado a los municipios muy pequeños. Pero ése es el germen de la participación ciudadana directa, precisamente aquella en que se originó la democracia. Comicios se llamaron las primeras asambleas democráticas de los romanos. Y esas mismas asambleas pasaron a llamarse (no se sabe muy bien por qué) concilios, que la evolución léxica convirtió en **concejos**. Estamos pues en el núcleo de la PARTICIPACIÓN CIUDADANA en la política municipal. Fue posible y funcionaron a la perfección esas fórmulas cuando las ciudades eran Estados (la organización política completa); y no eran precisamente puebluchos. Es posible ahora en los pequeños municipios (hasta en los grandes municipios, los barrios podrían funcionar en régimen de concejo). Y nos han demostrado los nacionalistas vascos que el municipio se puede convertir en la plataforma y la locomotora de una auténtica construcción del Estado (de la organización política de la ciudadanía) desde la base.

Si los ciudadanos, partidos al margen, hemos de restaurar la democracia, tendremos que hacerlo desde los municipios, convirtiendo los Ayuntamientos en la primera institución política de la Nación, en la que se agrupan los ciudadanos precisamente para eso, para hacer política. Las agrupaciones de electores y los partidos políticos que de verdad deseen restaurar la democracia desde la base, tienen la palabra. ■

Mariano Arnal

Primero fue la profesionalización de la **ciudadanía**: a los “ciudadanos” de profesión se les llamó **políticos** (πολιτικοί (*politikói*); πολιται (*politái*) eran los ciudadanos). Dicho en griego se notaba menos. En latín se hubiese tenido que decir algo así como *civíticus*, que en español hubiésemos tenido que traducir por algo así como “ciudadanero”. Muy mal, sobre todo en los momentos y lugares en que los “ciudadanos” degradan de tal modo la condición de los ciudadanos, que más propiamente se los llamaría súbditos, con lo que mejor les correspondería a quienes los dominan más que gobiernan, el nombre de soberanos.

Si se hubiese tratado de denominar la doctrina que defiende el partidario de la ciudadanía, hubiésemos tenido que pensar en el “ciudadanismo”. Pero en el frondoso bosque de los “ismos” entre las fórmulas para formar, adquirir y llevar estados, no brotó éste; y eso que florecen métodos tan exóticos como el terrorismo.

Y frente a la especialización de los **políticos**, se definió la actitud y la conducta de la ciudadanía con el término **civismo**. Un “ismo” tras el que no hay doctrina, sino tan sólo conducta. Una palabra así suena como una opción más entre la amplia oferta de “ismos” que se le proponen al ciudadano para ejercer de tal. Y así debió entenderlo finalmente la ciudadanía, que entendió el **civismo** no sólo como una opción, sino incluso como una especialización. Por consiguiente se articuló éste en un sinnúmero de asociaciones (el asociacionismo fue la fórmula elegida: un “ismo” más, cuya doctrina es que fuera de la asociación el ciudadano no tiene salvación).

Nuevamente tenemos una especialización: junto a los “ciudadanos” tenemos a los “ciudadanistas”, que profesan el “ciudadanismo”, llamado por su nombre latino **civismo**. Si nuestra lengua no estuviese tan subsidiada por el latín y el griego en cultismos, y por el inglés en tecnología, tendríamos esos términos en español inteligible, y sabríamos de qué hablamos. Pero como nos refugiamos en el latín y el griego cuando no queremos hablar claro, resulta que finalmente no nos entendemos.

Porque efectivamente el **civismo** es la plataforma de lanzamiento a la **política** y funciona, igual que ésta, a buena distancia de la ciudadanía. Este movimiento de especialización en **ciudadanía** (y por tanto de distanciamiento de ésta, y de acercamiento a los grandes especialistas) tiene una última concreción en algo tan singular como en su conversión en órgano (el “órganon” aristotélico), de modo que las asociaciones han venido a llamarse **oenegés**, nombre formado a partir del acrónimo de Organizaciones No Gubernamentales (O.N.G.), que por su función podrían llamarse Organizaciones NO, porque han asumido el papel de oposición sistemática no al gobierno, sino a la gobernación. La doctrina más patente del oenegismo organizado es el desgobierno; pero eso sí, contando con las pingües subvenciones de los gobiernos. ■

de elalmanaque.com